

Gabriel Esteban Merino*

TRUMP

LA FRACTURA EN ESTADOS UNIDOS Y SUS IMPLICANCIAS EN LA TRANSICIÓN HISTÓRICA ACTUAL

“Americanismo, no el globalismo, será nuestro credo”

Consigna de Donald Trump durante la campaña presidencial. *New York Times*, 22 de julio de 2016

EN TÉRMINOS DEL ANÁLISIS DEL PODER, Estados Unidos se encuentra con profundas contradicciones desde 1999-2001 al interior de sus grupos, actores y clases dominantes, a lo que se le agrega un creciente malestar popular anti-*establishment*. La fisura por “arriba” comienza a observarse tenuemente al final del mandato de Bill Clinton (1993-2001), cuando este impulsa entre otras cuestiones: *a*) la derogación de la *Ley Glass-Steagall* que permite terminar con la división de la banca comercial con la banca de inversión, creando inmensas redes financieras globales; *b*) la creación del G-20 impulsado por las fuerzas globalistas como nuevo ámbito de gobernabilidad mundial de un capitalismo transnacionalizado, en lugar del G7; *c*) el fortalecimiento por parte de las fuerzas globalistas de las instituciones internacionales multilaterales (FMI, BM, OMC) en detrimento de las soberanías nacionales, incluso la de Estados Unidos según los americanistas.

A partir del gobierno de George W. Bush (2001-2009) y del ascenso al poder del neoconservadurismo, que se cristaliza luego del derribo de las Torres Gemelas el 11S, se produce una reacción americanista: se deja de lado la idea del G-20 para retomar el viejo G-7 de Occiden-

* Investigador del CONICET, docente e investigador del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

te más Japón (que se recupera a la fuerza recién en 2008 luego del estallido de la crisis); se instala un unilateralismo estadounidense-angloamericano, en detrimento del multilateralismo globalista angloamericano, apelando a la supremacía militar y al dominio de región de Medio Oriente para asegurar la posición hegemónica en el Orden Mundial, que tensiona las relaciones con sus aliados Occidentales; y se desestima el fortalecimiento excesivo de instituciones internacionales multilaterales, para recuperar poder de decisión directa del Estado de los Estados Unidos en detrimento de una “burocracia mundial”. A su vez, aplicando un keynesianismo militar (déficit público y aumento del presupuesto militar), se buscó dinamizar la economía interna desde el complejo industrial militar (y científico-tecnológico).

La crisis del 2007-2008 con epicentro en Estados Unidos y el Reino Unido fue otro momento fundamental de esta puja al interior de las clases dominantes, entre fracciones financieras, entre globalistas y americanistas (Merino, 2014). Dicha puja interna y las pujas geoestratégicas para resolver la crisis de coyuntura, está en relación a una crisis capitalista estructural y a una transición histórica del orden mundial, en la cual hay una pérdida de hegemonía del polo de poder angloamericano con centralidad en Estados Unidos (Wallerstein, 2003; Arrighi, 2007; Dos Santos, 2012; Martins, 2012).

Con el triunfo de Obama, el *globalismo* volvió al gobierno reinstalando en la agenda el multilateralismo-unipolar; el impulso de tratados multilaterales de comercio e inversión, las alianzas militares expansivas en la periferia euroasiática para contener-impedir la emergencia de rivales geopolíticos y el multiculturalismo como ideología. Su gobierno articuló el programa dominante del capital financiero transnacional angloamericano y los intereses geopolíticos del *establishment* globalista (que procura incluir/subordinar a los de sus aliados Occidentales y Japón), con ciertas concesiones a las clases populares y la recuperación parcial de la agenda liberal en relación a los derechos civiles y libertades individuales. Sin embargo, las disputas hegemónicas continuaron bajo su gobierno.

A partir de la campaña presidencial de 2016 podemos observar que la lucha política en los Estados Unidos, inherentemente entrelazada con la crisis capitalista que transitamos y a la pérdida de poder relativo en el escenario internacional (ambas caras de una misma moneda), manifiesta una situación de empate hegemónico entre fracciones/fuerzas dominantes de los Estados Unidos, que se expresa en profundas polarizaciones en torno a todos los temas que hacen a las construcción de un proyecto político estratégico: *i*) la guerra en Irak y la estrategia en Medio Oriente; *ii*) el papel y poder de los organismos e instituciones multilaterales (FMI, BM, OMC, etc.) en relación al papel

y poder estatal de los Estados Unidos (unipolarismo unilateral vs unipolarismo multilateral); *iii*) la estrategia para el enfrentamiento con las potencias/polos de poder emergentes regionales y globales; *iv*) los acuerdos multilaterales de comercio, inversión y regulación económica transnacional (TPP, TTIP, TLCAN); *v*) las reformas en la regulación del sistema financiero; *vi*) el valor de la tasa de interés de referencia de la Reserva Federal y su política monetaria general; *vii*) la cuestión del cambio climático, etc. En lo que no deja de haber acuerdo en el *establishment* es en mantener el dominio unipolar y en este sentido, enfrentar en conjunto a los polos de poder emergentes que desafían esta situación. Además, las pujas internas se condensan y unifican en el Estado, que expresa el estado de las relaciones de fuerza, sintetizando precariamente una resultante política particular con continuidades estratégicas.

En 2010 el surgimiento en la base del partido Republicano del movimiento Tea Party, radicalmente opuesto al gobierno de Obama, ya mostraba el nivel de polarización política existente en los Estados Unidos. Fue la contracara a la apertura liberal-progresista que las fuerzas globalistas-neoliberales propiciaron con la candidatura de Obama, con una profunda reivindicación a los históricos movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos, muy diferente a lo que representaba Clinton. Con el triunfo de Trump la polarización alcanza niveles cualitativamente mayores, como en los años sesenta y setenta. En este sentido ¿El gobierno de Trump así como las fuerzas triunfantes con el *Brexit* pueden significar un nuevo Reaganismo-Thatcherismo que, como en los años ochenta unifiquen al *establishment* angloamericano, configuren una ofensiva global frente a polos de poder desafiantes y disciplinen a las clases populares, imponiendo la globalización financiera neoliberal como proyecto?¹

A ambos lados del Atlántico las fuerzas triunfantes reivindican dichas referencias y en ellas encuadran muchas de sus propuestas políticas: disciplinar a los aliados tradicionales (Francia, Alemania, Japón), fortalecer el polo angloamericano unilateralmente, aplicar un keynesianismo militar y elevar la tasa de interés para absorber el capital global circulante y fortalecer al dólar (aunque sobre ello no haya consenso). Sin embargo, existen diferencias fundamentales con el reaganismo-thatcherismo en varios puntos nodales. Entre otros, se pueden señalar dos centrales: a) resulta muy distante la posibilidad de que se produzca a ese nivel una reunificación de las fuerzas dominantes de los Estados Unidos bajo el gobierno de Trump, y b) la agenda “proteccionista” y/o el nacionalismo económico se contraponen

1 Ver en este sentido los tres primeros capítulos de Conceição Tavares y Fiori (2017)

con el neoliberalismo clásico de país central, aunque Estados Unidos nunca haya dejado de ser proteccionista. Además, el momento de la transición histórica del sistema-mundo es muy diferente al de los años ochenta. Por paradójico que resulte, era la candidata Hillary Clinton quien proponía un nuevo reaganismo-thatcherismo en su sentido más profundo: una identificación inquebrantable entre el capital financiero global de *Wall Street* y Londres con el poder político-estatal para reeditar la alianza entre el Estado y el Capital y enfrentar los desafíos a su primacía mundial.

En resumen, la tesis central del presente trabajo es que el triunfo de Donald Trump indica un momento cualitativamente superior de la puja de poder en los Estados Unidos. Dicha puja se expresa como fractura política-estratégica. Dicha fractura es producto de la reacción de un conjunto de actores que se ven amenazados o perjudicados en el proceso de *globalización* (fase específica del proceso histórico de internacionalización del sistema-mundo), agudizada por la crisis capitalista que exacerba la lucha entre capitales y afecta a importantes capas de trabajadores y fracciones empresariales. Esta situación político-estratégica forma parte de una transición histórica, con grandes implicancias geopolíticas, en la cual se está revirtiendo el proceso iniciado entre comienzos y mediados del siglo XIX donde el poder de “Occidente” (con primacía británica) supera a “Oriente” (con primacía China). La multipolaridad implica la pérdida de hegemonía del polo angloamericano con centro en Estados Unidos, aunque siga siendo por el momento el polo de poder dominante. La fractura y polarización a su interior realimenta su declive relativo, lo cual se articula con una situación de crisis capitalista internacional que acelera los procesos de destrucción creativa.

LAS FUERZAS POLÍTICO-SOCIALES EN PUGNA

Realizando un esquema reduccionista pero explicativo para el abordaje de nuestra tesis, en Estados Unidos la puja de poder tiene como elemento estructurante a dos fuerzas principales y un conjunto de grupos en ascenso que ubicamos en un tercer sector no por su homogeneidad o identidad sino por su incapacidad para aparecer como bloque con un proyecto propio, pero que tienen una influencia cada vez mayor:

1. Las fuerzas avanzadas del capitalismo transnacional, las redes financieras dominantes de Londres y *Wall Street* y las *citys* financieras asociadas, la vanguardia tecnológica de *Silicon Valley* y un conjunto de actores dominantes del *establishment* Occidental transnacionalizado (Medios de Comunicación

como CNN y Financial Times, o centros de investigación (*think tanks*) como *Brookings Institution*, *Council of Foreign Relations* y *Chatham House* que definimos como las fuerzas *globalistas* del polo de poder angloamericano.

2. Las fuerzas “conservadoras” del *establishment* y un conjunto de fracciones de capital multinacional más “retrasadas”, que llamamos “americanistas” para el caso de los Estados Unidos, pero que dentro del polo de poder angloamericano podemos denominar como unilateralismo continental anglosajón. Continentales en el sentido de centrarse en la territorialidad del “continente” anglosajón, para fortalecer unilateralmente dicho polo de poder y desde ahí disputar la hegemonía en la presente transición histórica.
3. Las fracciones de capital mercado internistas, las clases populares y grupos subordinados que no conforman un bloque ni una fuerza político-social, y se expresan de múltiples formas emergentes, ya sea en su forma ideológica de derecha (muchos de los componentes del “trumpismo”), en nacionalismos aislacionistas e industrialistas, o en su forma ideológica de “izquierda” (muchos de los componentes que expresó Sanders en la interna demócrata). Todas estas expresiones crecen a medida que se agudiza la crisis de legitimidad y de representación del sistema político institucional en Estados Unidos y en el mundo anglosajón, lo cual también ocurre de forma más general en Occidente.

Con la “globalización”, si Estados Unidos es central, en su forma avanzada y global ya no lo es como Estado-nación clásico. La proyección de las fuerzas globalistas de Estados Unidos (y del polo angloamericano) en el capitalismo tardío transnacionalizado requiere el pasaje del Estado-nación central a nodo estratégico del “Estado Red Global” (del occidente expandido), es decir, nodo estratégico estatal de una institucionalidad “global-occidental” que subsume y pone en crisis la institucionalidad nacional, incluso del viejo centro, y se enfrenta a los polos de poder desafiantes. Estados Unidos, Estado continental industrial con su proyección (imposible) como Estado Global, quedó chico como poder político y militar para garantizar la acumulación sin fin de capital del Norte global. Por ello, los intentos de avanzar en una estatalidad globalista a través de un conjunto de institucionales globales (FMI, BM, OMC) y con el Tratado Trans-Pacífico (TPP, por sus siglas en inglés) y el Tratado Trans-Atlántico de Comercio e Inversiones (TTIP), además de la expansión de la OTAN y un intento de desarrollar

una alianza similar en Asia Pacífico y el Índico (Merino, 2018), para la construcción de poder político y militar en una escala acorde a la nueva fase (crisis) de acumulación de capital y al enfrentamiento con los bloques continentales re-emergentes de China y Rusia (dos planos de la misma crisis, que al mismo tiempo encierra contradicciones terminales). Dicho cambio cualitativo golpea a actores de poder en los Estados Unidos no transnacionalizados y/o aquellos cuya concepción estratégica tiene como punto de partida la centralidad unilateral del Estado continental estadounidense (junto con su excepcionalidad y su superioridad) en el orden internacional, que se constituyó a partir de la Segunda Guerra Mundial.

El cambio cualitativo de la lucha político-estratégica resulta claro a primera vista: Trump no triunfó con la agenda clásica conservadora y neoliberal de la élite del Partido Republicano. Trump se posicionó como partidario del *Brexit* y se manifestó contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), contra el TPP, contra el TTIP. También se pronunció contra la arrogancia de los “gatos gordos” de *Wall Street*, a favor de aumentar los impuestos a los corredores de fondos de inversión y por el restablecimiento de la *Ley Glass-Steagall*. Además, en contraposición al *establishment* angloamericano, se pronunció a favor de una posible alianza con Rusia y un accionar conjunto contra el Estado Islámico –al cual apoyan los propios servicios de inteligencia de Estados Unidos según el desplazado consejero de Seguridad Nacional de Trump, Michael Flynn.

El enfrentamiento entre *globalistas* y *americanistas*, antinomia bajo la cual aparece la fractura política en los Estados Unidos, no se traduce de forma lineal, en términos políticos, en la elección de los Estados Unidos. Trump bajo una forma ideológica de derecha y Bernie Sanders bajo una forma ideológica de izquierda también expresan, a su vez, una crisis de los partidos políticos norteamericanos y una profunda crisis de legitimidad del régimen estadounidense, poniendo de manifiesto este tercer sector emergente que mencionamos. En este sentido, Trump emerge expresando a un conjunto de integrantes de ese tercer sector bajo una forma ideológica de “derecha” en sus aspectos culturales, con una mezcla de nacionalismo económico industrialista y proteccionista, cierto aislacionismo en política exterior, un discurso *anti-establishment* y una promesa de retorno del sueño americano articulado en la consigna “Estados Unidos primero”, con fuertes reminiscencias neoconservadoras (especialmente luego de la asunción). Articuló en su campaña las demandas de gran parte del “viejo” EE.UU. lejano a las costas que se resiste a perecer, a los industriales no globalizados y mercado internistas, a una parte de los trabajadores industriales que vieron perder sus trabajos en los últimos años

producto de la deslocalización industrial y las transformaciones tecnológicas, al Estados Unidos “blanco” perdedor de la “globalización” que ve en el multiculturalismo cosmopolita del capitalismo transnacional una amenaza a su identidad nacional. En definitiva, a una gran parte de quienes sienten que ya no existe el “sueño americano”: el 75% de los votantes de Trump dice que para la gente como ellos la vida es peor que hace 50 años. Y eso se condice con una sociedad cada vez más desigual, donde la crisis golpea especialmente en los más pobres y en donde la tasa de suicidios es la más alta en 30 años (*New York Times*, 29/4/2016).

Por otro lado, en los últimos meses antes de la elección, una vez que Trump triunfa en la interna del Partido Republicano a pesar de su elite y sus líneas dominantes –los conservadores expresados en el candidato Jeb Bush, los neoconservadores en Marco Rubio y Ted Cruz ligado al *Tea Party*– la candidatura de Clinton intentó articular una frágil unidad entre las fracciones dominantes de las fuerzas en pugna. Es decir, Clinton era la candidata del *establishment* norteamericano, con predominancia de las fuerzas globalistas, que en el tramo final intentó unificar las posiciones del *establishment*, junto con la base demócrata referenciada en Sanders, ante una crisis por “arriba” (geopolítica) y por “abajo” (política e ideológica con respecto su base social). Trump, por su parte, articuló a buena parte del americanismo y al nacionalismo industrial *anti-establishment*.

LUCHA ENTRE CAPITALES, POLÍTICA ECONÓMICA Y CRISIS

Así como el globalismo en el plano político tiende a institucionalizar el poder occidental transnacionalizado, en lo económico reconfigura el viejo centro, desarrolla nuevos centros-nodos globales y crea nuevas periferias en los viejos territorios centrales. En este sentido, emerge como nueva periferia el ahora llamado cinturón del óxido en Estados Unidos, en lo que antes era el corazón industrial del mediooeste, como también el Midland británico, cuyos votantes se volcaron mayoritariamente por Trump y el *Brexit* respectivamente. Los capitales industriales centrados en el mercado interno que dominan estos territorios, menos competitivos en términos internacionales, se ven sucumbidos frente a la intensificación de la competencia y la concurrencia de capitales. En este sentido, el salto tecnológico-productivo del capital transnacional y el proceso de deslocalización industrial en busca de bajos salarios y regulaciones favorables intensifica la lucha y aumenta la cantidad de capitales rezagados. Además, el avance industrial de China, que ya disputa en los primeros niveles mundiales de algunas ramas productivas y en el control de los flujos globales (dinero, mercancías, datos), así como el gran salto tecnológico-pro-

ductivo de los capitales alemanes y japoneses, agudiza las presiones competitivas y achica el espacio para la acumulación global del capital, exacerbando las luchas entre capitales, mientras que al Estado norteamericano le cuesta mantener las condiciones de monopolio. Las dos caras de este proceso son evidentes: por un lado, desde mediados de los ochenta –a partir de las reformas neoliberales, la globalización financiera, la transnacionalización y los saltos tecnológicos– se incrementan extraordinariamente las ganancias de las empresas estadounidenses y crecen en particular de forma extraordinaria las ganancias obtenidas en otros países en relación a las ganancias obtenidas en los Estados Unidos, las cuales pasan de 50.000 millones de dólares a mediados de los ochenta para llegar a 500.000 millones de dólares en 2008, superando la masa de ganancias internas (Caputo Leiva, 2012). En contraste, este proceso se traduce en Estados Unidos en la quiebra a 60.000 empresas, en la destrucción cinco millones de puestos de trabajo industriales en los últimos 15 años, en la caída de la participación de los salarios sobre el PIB del 48,7% en 1980 al 42,7% en 2015 (Reserva Federal de St. Louis, 2016) y en la aparición de fenómenos de super-explotación de la fuerza de trabajo propios de la periferia, configurando un contrastante paisaje de destrucción creativa de los “molinos satánicos del capital”. Paisaje que se expresa política y socialmente en un rechazo creciente al globalismo, a sus planes geoestratégicos y a su institucionalidad transnacional. No es casual que una de las principales fuerzas de oposición al TLCAN y al TPP sean, además de ciertas fracciones empresarias, los sindicatos norteamericanos nucleados en la central estadounidense AFL-CIO, tradicionalmente cercanos al Partido Demócrata.

La lucha entre capitales y los procesos de crisis alimentan las pujas político-estratégicas en torno a modelos de capitalismo, geoestrategias, identidades y cosmovisiones. En este sentido, uno de los principales apoyos y de los contenidos políticos de Trump proviene de los industriales del carbón y del complejo sidero-metalúrgico del cinturón del óxido. Dan Dimiccio, ex CEO de la siderúrgica *Nucor*, fue durante la campaña uno de los principales asesores de Trump en economía y política comercial y posee especial influencia en el gobierno. Robert Lighthizer, nombrado por Trump como Representante Comercial de los Estados Unidos, tiene una larga trayectoria representando a la industria siderúrgica estadounidense y ha sido un promotor central del giro proteccionista en importantes sectores del Partido Republicano, a la vez que participó en las batallas siderúrgicas contra Japón en los años ochenta (*Financial Times*, 5/1/2017).

No resulta extraño, por eso, que una de las primeras medidas de Trump fuera ordenar al Departamento de Comercio, a cargo del tam-

bién proteccionista Wilbur Ross, que lleve a cabo una investigación para determinar si las importaciones de acero son una amenaza para la seguridad nacional, en línea con sus promesas proteccionistas. Flanqueado por representantes de la industria siderúrgica, Trump afirmó: “El acero es fundamental tanto para nuestra economía como para nuestras Fuerzas Armadas. Esta no es un área donde podamos permitirnos depender de países extranjeros”, refiriéndose que proteger dicha industria es una cuestión de seguridad nacional (EFE, 20/4/2017). Este posicionamiento no se dirige solamente contra China, sino que incluye también a aliados cuyos capitales son más competitivos en materia siderúrgica como en otras ramas (ver cuadro 1).

Cuadro 1
Principales empresas de acero por volumen de producción
(millones de toneladas 2016) según origen de propiedad

1	ArcelorMittal (anglo-india/global)	97,45
2	China Bauwu Group (China)	63,81
3	HBIS Group (China)	46,18
4	NSSMC (Japón)	46,16
5	POSCO (Corea del Sur)	41,56
6	Shagang Group (China)	33,25
7	Ansteel Group (China)	33,19
8	JFE Steel (Japón)	30,29
9	Shougang Group (China)	26,8
10	Tata Steel Group (India)	24,49
11	Shandong Group (China)	23,02
12	Nucor Corporation (EE.UU.)	21,95

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Asociación Mundial del Acero y Statista

Otro punto referido a la agenda económica y a las pugnas en la cúpula empresarial es sobre el impuesto fronterizo o un impuesto a las importaciones, que el jefe de gabinete de Trump anunció que se impulsaría como parte del proyecto de reforma fiscal. Un mes antes de dicha declaración, dieciséis grandes corporaciones industriales exportadoras emitieron un comunicado en el cual instan al gobierno a adoptar el impuesto a las importaciones. La carta fue firmada por los presidentes ejecutivos de *Boeing*, *CoorsTek*, *Caterpillar*, *Dow*

Chemical Co, Celanese Corp, General Electric, Celgene Corp, Eli Lilly and Co, Raytheon Co, Merck & Co Inc, S&P Global Inc, Oracle Corp, United Technologies Corp, Pfizer Inc y Varian Medical Systems Inc. Estas compañías poseen una fuerte base productiva en los Estados Unidos, alguna de ellas son grandes contratistas del Pentágono y se ven fuertemente afectadas en sus ramas por la competencia global (en la cual el Estado norteamericano ya no puede garantizar monopolios). En contraposición, la Federación de Empresas de Cadenas Minoristas (NRF, por su sigla en inglés), integrada por firmas como *Walmart, Target y Best Buy*, lanzaron una campaña en contra del impuesto a las importaciones.

También podemos ver esta puja en el plano económico en el sector tecnológico. En este sentido noventa y siete empresas tecnológicas lideradas por las transnacionales *Google, Apple, IBM y Microsoft*, declararon su oposición contra la orden ejecutiva del presidente Donald Trump que prohibía el ingreso al país a ciudadanos de siete países de Oriente Medio. Las empresas argumentaron que la medida perjudicaba seriamente la economía de Estados Unidos porque debilitaba la innovación y el crecimiento. Entre las tecnológicas que no firmaron el comunicado se destaca Tesla presidida por personas cercanas al entorno del Trump. Tesla es una empresa de enorme envergadura (no sólo mercado internista), pero no lidera su principal rama a nivel mundial, se encuentran amenazadas por la competencia de empresas Chinas y depende en gran medida de la intervención estatal en cuanto a inversiones en desarrollo tecnológico. La empresa Tesla está tercera en ventas globales en automóviles eléctricos. En primer lugar se encuentra la empresa china BYD, que en los primeros seis meses de 2016 vendió 33.000 automóviles. La escala del mercado chino y la posibilidad de producir vehículos eléctricos económicos es una ventaja central de BYD. Tesla se ubica en el mercado de automóviles de lujo, con un potencial más chico y mayor competencia internacional con otras marcas que están achicando brechas, como las europeas. Además, está fuertemente interesada como gran contratista para la industria aeroespacial del complejo industrial militar.

Otros datos también nos muestran la fractura en la cúpula empresarial en relación a la política. Según una encuesta de la revista *Fortune* sobre los 500 CEO de las principales corporaciones de Estados Unidos, que conforman el índice *Fortune500*, el 58% estaba a favor de Hillary Clinton y un 42% a favor de Donald Trump. Si tomamos los primeros cien, ninguno aportó a la campaña de Trump y 11 lo hicieron por Clinton (*Fortune*, 2016). Además, algunos de los multimillonarios globalistas más importantes del mundo apoyaron fuertemente a Clinton: Warren Buffet, George Soros, Haim Saban, Harris

Simons, Michael Bloomberg. En cambio, apoyaron a Trump antes de las elecciones empresarios tradicionalmente conservadores y/o con presencia fundamental en Estados Unidos como Rupert Murdoch (News Corp y 21st Century Fox), Steve Forbes (Forbes Media), Brian France (NASCAR), Dana White (UFC), Bernard Marcus (*The Home Depot*). Por otro lado, la *city* financiera de *Wall Street* se inclinaba predominantemente por Hillary Clinton, al igual que la *city* de Londres, que a su vez comparten su rechazo al *Brexit*.

El crecimiento de China, sus constantes saltos tecnológicos, la expansión de sus transnacionales estatales, la adquisición de empresas estratégicas en el extranjero, la captura de mayores cuotas del mercado mundial, la ruptura de los monopolios del Norte Global (con preeminencia estadounidense) y el avance en los territorios productores de materias primas profundiza aún más la situación de lucha entre capitales. El impresionante proceso de acumulación que continúa a pesar de los pronósticos más agoreros, hizo que su PIB (PPA) se duplicara entre 2008 y 2016, superando a los Estados Unidos (Banco Mundial). Además de los sectores mencionados, la potencia emergente también ha decidido avanzar en la producción de microchips y semiconductores, en el cual se encuentra retrasada con respecto a los centros globales y especialmente a Estados Unidos, cuya empresa Intel es líder a nivel mundial, además de Qualcomm, Micron, *Texas Instrument* y *Broadcom*. En esta situación, recientemente la compañía estatal china *Tsinghua Unigroup* invirtió la gigantesca suma de 24.000 millones de dólares en la construcción de las primeras fábricas. Y, como aconteció en otros sectores, esta decisión puede significar en unos años que las empresas chinas logren disputar el liderazgo en el sector, especialmente teniendo en cuenta que en China se consume el 58% de los microchips del mundo y de ello importa el 90%. Este es un paso más en el ascenso continuo de la producción en sectores de alta complejidad, decisivo en la lucha por el control de los núcleos estratégicos de las cadenas globales de valor. China debe hacer su propio camino ya que en 2015 y 2016 el Gobierno de EE.UU. bloqueó los intentos de *Tsinghua* de comprar a varios productores de microchips de los Estados Unidos. Ello muestra el objetivo político-estratégico de China de adquirir activos estratégicos y constituirse en los próximos años como principal centro de la economía mundial.

También el contexto de bajo crecimiento en el Norte Global desde la crisis financiera global de 2007-2008 (la zona euro recuperó recién en 2016 el nivel de PIB de 2008), agudiza la situación de lucha entre capitales y su perspectiva, ya que al haber bajo crecimiento la acumulación de los capitales particulares se da en detrimento de los más retrasados y de los trabajadores (lo que agudiza la crisis

por abajo), alimentando el proceso de centralización. Los capitales globales acumulan en los territorios emergentes que crecen (particularmente china), posibilidad que no tienen los capitales de menor escala. Pero a la vez dicha necesidad de valorización en los emergentes favorece el desarrollo bloques de poder contrarios a los intereses geoestratégicos de dichos capitales.

Por su parte, el poco crecimiento que hubo en el Norte global se produjo gracias a las políticas hiperexpansivas de los Bancos Centrales. Y ahora esa política está encontrando sus límites. El propio Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal, advirtió que el mundo está siendo testigo de una burbuja en el mercado de bonos y que Estados Unidos se conduce hacia una fase de estanflación (Expansión, 2017). A ello hay que agregar lo que autores como Martins (2012) indican sobre el agotamiento del ciclo expansivo (A) de Kondratiev iniciado en 1994 (aunque atenuado en su expansión por el declive de la hegemonía de Estados Unidos) y la perspectiva del inicio de un ciclo negativo, que ya empieza a estar presente desde 2008-2010 con la madurez del ciclo expansivo. Como citamos en un trabajo anterior (Merino, 2016), el economista liberal Nouriel Roubini se refiere a la crisis de sobreacumulación de capital, sobreproducción de mercancías y extrema financiarización, como lo hacen desde otro marco teórico los citados trabajos de Arrighi o Wallerstein. Ello pronostica una agudización de la lucha entre capitales que, de acuerdo a como se desarrolle y se “resuelva”, va a alimentar la grieta en los Estados Unidos.

RECHAZO AL TPP, AL TTIP Y AL GLOBALISMO. CAMBIO DE LA ESTRATEGIA IMPERIAL

Las fuerzas que se expresan con el triunfo de Trump y el *Brexit* están claramente en contra de la geoestrategia globalista, que busca contener y rodear a China y Rusia en la disputa por Eurasia a través de acuerdos como el Tratado Trans-Pacífico (TPP, por sus siglas en inglés) y la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP, por sus siglas en inglés). Una institucionalidad cuyo objetivo final según el propio Obama es “poner las reglas de juego” de la economía global. A lo que se le agrega un conjunto de acuerdos políticos y militares, expandiendo la influencia del *establishment* occidental globalista desde las periferias euroasiáticas hacia el “hinterland continental”.

El gobierno de Trump avanzó rechazando el TPP y el TTIP, cuestionando a la OMC y por una rediscusión de la OTAN y de los protectorados norteamericanos. La versión trumpiana de la estrategia americanista se inclina por aumentar los niveles de proteccionismo económicos y desde ahí negociar cuestiones políticas y estratégicas,

establecer acuerdos bilaterales, priorizar el plano político y militar en las relaciones con aliados y enemigos por sobre el plano económico y financiero (o subordinar este al primero), relocalizar la industria en el territorio nacional-continental, apostar al unilateralismo del Estado norteamericano sobre el multilateralismo globalista de Occidente y priorizar el fortalecimiento unilateral del polo de poder angloamericano (incluyendo a Israel), en una suerte de continentalismo expandido.

Para importantes sectores de las Fuerzas Armadas la pérdida de base económica industrial nacional significa una pérdida de poder relativo del Estado norteamericano, confluyendo en eso con sectores corporativos. El globalismo también significa ceder capacidad decisoria nacional debido a la concepción multilateral y de equilibrio de poder para la defensa. Además, para buena parte de los contratistas del complejo Industrial Militar la venta de armamento tradicional y las guerras convencionales constituyen un elemento *sine qua non* de reproducción ampliada de capital. Y la administración Obama venía disminuyendo sistemáticamente el gasto militar sobre PBI, apostando a la guerra no convencional o híbridas. Ello también está en estrecha relación con el mayor “compromiso” demandado por Trump a los aliados de la OTAN y a Japón y Corea del Sur en los gastos militares (asegurar el 2% del PBI), gran parte de lo cual debería direccionarse a compras al complejo militar-industrial del Pentágono, actualmente en competencia con el ruso.

Para esta visión, la primacía estadounidense en el escenario internacional se encuentra en su superioridad militar y política. Política en cuanto a la primacía en el orden Mundial sostenida en un sistema de alianzas, la cual no es efectiva si ello no implica subordinación al unilateralismo de Estados Unidos y tampoco sirve si en la competencia intercapitalista los países “protegidos” desplazan por su competitividad al capital norteamericano (contradicción que existe desde los años setenta con Alemania y Japón).

El militarismo unilateral es clave en el nuevo gobierno. Como analiza Martínez Díaz (2017), a menos de un mes de asumir Trump emitió un documento denominado *Presidential Memorandum on Rebuilding the U.S. Armed Force*, donde establece un conjunto de órdenes para fortalecer la postura militarista que pretende asumir el gobierno norteamericano. Este cuadro se completa con el hecho de que el Senado de los Estados Unidos aprobó un presupuesto militar que llega a la impresionante cifra de 700.000 millones de dólares. Ello significa un aumento interanual de 13,1%. Los globalistas también apoyaron en su gran mayoría dicho aumento y se tornaron más belicistas post conflicto de Ucrania, aunque difieran en la visión estratégica y, por lo tanto, en la concepción del conflicto y la forma de la guerra. Las dife-

rencias no son en torno al nivel de belicismo de uno u otro sino a cuál es la geoestrategia dominante.

Fue notorio el hecho de que mientras los CEO de las mayores compañías estadounidenses rechazaban a Trump, antes de las elecciones de noviembre se pronunciaron a favor de él 88 almirantes y generales retirados. A su vez, el nuevo gabinete del ejecutivo estadounidense presenta una importante presencia militar, a cuyos personajes principales Trump alude como “mis generales”: James “perro loco” Mattis, secretario de Defensa; Michael Flynn, ex asesor de seguridad nacional, despedido por sus conversaciones con Rusia, y su sustituto en el puesto, el general H.R. McMaster; John Kelly, nuevo Jefe de Gabinete en la Casa Blanca en sustitución de Reince Priebus. Todos ellos fueron protagonistas en las últimas guerras imperiales de los Estados Unidos en Medio Oriente, cuyo dominio es estratégico para mantener la supremacía global de acuerdo a la concepción unilateral “continental” angloamericana. Kelly, por su parte, agrega su experiencia como Jefe del Comando Sur, que tiene a cargo la región de América Latina y el Caribe, territorio fundamental para el americanismo en su visión de ampliar el espacio continental en su lucha por el poder mundial.

Trump también contiene una línea nacionalista, cada vez más debilitada durante 2017, que buscaba disminuir las intervenciones de Estados Unidos en los distintos escenarios de disputa internacional, retomando el aislacionismo anterior al período de entreguerras. Apoyado por esta línea, representada por ejemplo por Stephen Bannon (nacionalista económico, a favor de un “capitalismo más humano”, supremacista blanco y anti-islamista), Trump se pronunció al comienzo de su gobierno a favor de una posible alianza con Rusia contra el Estado Islámico. La visión nacionalista-aislacionista es profundamente rechazada por los neoconservadores y la cúpula republicana. Sin embargo, a partir del desplazamiento de Bannon y Flynn del gabinete, estas posiciones perdieron influencia y avanzó el *establishment* conservador. Otro sector también nacionalista pero antirracista y tradicionalmente del Partido Demócrata es el que está representado por Lyndon Larouche, que también apoya a Trump. Sus cuatro puntos programáticos más representativos son: *i*) la reinstitución de la ley Glass-Steagall; *ii*) crear una banca nacional; *iii*) canalizar crédito para la economía física; y *iv*) recrear los necesarios motores de la ciencia con foco en la energía de fusión y el programa espacial. Además, buscan desarrollar una asociación con Rusia y China (*Lyndon Larouche PAC*, 2017).

El americanismo también tiene como apoyo fundamental a parte de las grandes petroleras americanas, para quienes la lucha por los recursos naturales es indisoluble del poderío político-militar unilateral y del control de medio oriente, cuya nave insignia Exxon Mobil

condujo el Departamento de Estado a través de su CEO Rex Tillerson. Estos sectores, junto con los industriales del carbón, fueron la base del rechazo unilateral de Estados Unidos al Acuerdo de París contra el cambio climático.

Por su parte, una muestra del unilateralismo proteccionista y el rechazo a instituciones multilaterales como la OMC fue el anuncio de la administración Trump de arancelar productos chinos por prácticas comerciales injustas, especialmente en lo que se refiere a la exigencia del régimen chino de propiedad intelectual que exige a las compañías extranjeras transferir tecnología a subsidiarias y socios locales. Dicha decisión no se establecería mediante de la Organización Mundial del Comercio no se haría a través de la Organización Mundial de Comercio, sino a través de un estatuto de 1974 conocido como caso “Artículo 301” que permite a los presidentes norteamericanos fijar aranceles a productos extranjeros como represalia. A ello se le agrega el aumento de aranceles en varios productos provenientes de países aliados.

La apuesta por reforzar unilateralmente el polo angloamericano también se ve en materia económica y comercial. Trump, luego de rechazar el TTIP y el TPP y llamar a la renegociación como el TLCAN, se pronunció por un rápido acuerdo de libre comercio con el Reino Unido y en sintonía política con el gobierno de Teresa May. Ello tiene su expresión ideológica-cultural: la apuesta a un “anglosajonismo”, combinado en sus extremos con el supremacismo racial blanco. Los puritanos defensores del WASP² como identidad fundamental y fundante de Estados Unidos ven en el multiculturalismo cosmopolita una amenaza a su identidad nacional. Cada vez surgen formas más radicalizadas (especialmente supremacistas blancos) y se vuelven explícitos un conjunto de elementos ideológicos susurrantes en las bases del Partido Republicano. El reforzamiento de lo que podemos llamar un “angloamericanismo” geopolítico se corresponde con un “anglosajonismo” identitario, que en su forma dominante sirve de argamasa cultural al imperialismo retrasado.

IMPLICANCIAS GEOESTRATÉGICAS DEL GOBIERNO DE TRUMP

Lejos de su “aislacionismo” de campaña, Trump en su discurso de la ONU en 2017 dejó en claro la visión que guía su política exterior desde que asumió: un unilateralismo militarista convencional, es decir más cercano al militarismo convencional que a las guerras híbridas y de cuarta y quinta generación que dominaron con la administración Obama. En este sentido, el gobierno de Trump llevó adelante un con-

2 La sigla quiere decir *White Anglo-Saxon Protestant*, que traducido al español es Blanco Anglosajón y Protestante.

junto de acciones político militares que marcan el camino a seguir: insistir con la llave geopolítica de Medio Oriente y dirimir las batallas centrales por la reconfiguración del orden mundial en el plano político militar. Esto se tradujo en:

Rotundo apoyo a la geoestrategia neoconservadora del gobierno israelí de Netanyahu (expresado en el traslado de la embajada de los Estados Unidos a Jerusalén), que implica avanzar sin miramientos en la conquista de Palestina y en la construcción del Gran Israel para desequilibrar el juego de las potencias regionales.

- a. El retorno al recrudescimiento de la posición contra Irán como el gran enemigo a vencer en la llave geopolítica del Gran Medio Oriente y, por ello, la búsqueda por todos los medios de destruir el acuerdo nuclear entre dicho país y las principales potencias mundiales.
- b. El bombardeo a Afganistán con la llamada “superbomba” y el anuncio de un aumento de la presencia militar en dicho país, en el momento en que crecía la influencia militar rusa, Irán había anunciado la construcción de un ferrocarril hacia Afganistán y China buscaba avanzar en dicha zona con la Ruta de la Seda.
- c. El bombardeo a una base Siria por el supuesto almacenaje de armas químicas, haciendo un primer intento de prácticas de guerra convencional.
- d. La agudización de la tensión en la Península de Corea, que a su vez busca profundizar la presencia militar en dicha región, disciplinar vía militar a Japón y Corea del Sur y alejarlos de China.
- e. El cambio en la doctrina militar, en donde vuelve a ser central el enfrentamiento con estados rivales que amenazan el dominio de Estados Unidos en el mundo: Rusia y China.

El gobierno retorna la política exterior del “eje del mal” definida por Bush, en donde se incluía a Irán, Irak, Corea del Norte, Libia, Siria y Cuba, a los que luego se agregaron Bielorrusia, Birmania y Zimbabue. El desarrollo de posibles guerras en dichos territorios secundarios tiene como objetivo conquistar posiciones claves y/o impedir el avance de potencias rivales, a la vez que alimentar la economía doméstica de los Estados Unidos, haciendo uso del monopolio del dólar para su financiamiento.

Con el discurso de Trump en la ONU contra Cuba y Venezuela en nombre de la lucha contra el “socialismo”, queda claro que hay una decisión de profundizar el plano ideológico de la lucha y exagerar el tono mesiánico propio de la tradición imperialista esta-

dounidense –Estados Unidos como fuerza del bien y como pueblo de Dios según el “destino manifiesto”. Su “realismo con principios” en realidad no es más que una re-edición del neoconservadurismo, aunque más mercado internista en lo económico, en donde los principios sólo se aplican contra aquellos que amenazan los intereses de Estados Unidos.

El gobierno de Trump plantea una renegociación con los aliados de Occidente más Japón para “reequilibrar” el comercio a favor de los Estados Unidos y para que los aliados aumenten sus gastos y compromisos militares bajo la coordinación estadounidense. Esto último lo comparten con los globalistas, aunque difieren en la forma de llevarlo adelante. En respuesta, Japón y la UE (sin el Reino Unido) anunciaron un acuerdo político para avanzar en un tratado “comercial” (en realidad, un acuerdo esencialmente político económico). Este puede traer importantes modificaciones con respecto a los acuerdos promovidos por el polo angloamericano, particularmente en dos áreas: *i*) la “protección de la inversión”, donde Europa promueve la creación de un tribunal internacional de inversiones en lugar de los paneles de arbitraje autorizados por muchos acuerdos de inversión; y *ii*) con respecto a los flujos de datos, en los cuales pueden imponerse restricciones a la “libre circulación”.

También el unilateralismo de Trump y las tensiones con los aliados del “Norte Global” se pusieron de manifiesto con la salida del Acuerdo de París, como ya señalamos. Por otro lado, otra muestra de unilateralismo que tensiona la relación con los aliados occidentales fueron las sanciones a Rusia que afectan la construcción del gasoducto *Nord Stream 2* con el cual Alemania piensa proveerse de gas a un precio muy competitivo para su industria y por lo cual rechaza las sanciones. En este escenario, cabe la pregunta de si puede haber un fortalecimiento de las fuerzas continentales europeas, que tienen mejores condiciones para avanzar en el diseño de una defensa con mayor autonomía de la OTAN y la creación de fuerzas armadas europeas, junto con la consolidación de un complejo industrial-militar europeo. También un viraje hacia posiciones más multipolares que implican un acercamiento hacia las alianzas continentales euroasiáticas, especialmente con China.

En el caso de la región de ALC, la renegociación del TLCAN impulsada por Trump, que lo enfrenta con buena parte de las transnacionales estadounidenses, está en estrecha relación a un conjunto de elementos que fuimos desarrollando anteriormente: fortalecer el complejo industrial estadounidense relocalizando industrias; disminuir el déficit con socios comerciales para mejorar las balanza comercial norteamericana (64.000 millones fue el déficit con México en 2016); con-

trolar el crecimiento de la migración “latina” que supone una “amenaza” demográfico-racial para los supremacistas blancos; e imponer una renegociación que incremente el poder estadounidense en las relaciones bilaterales. Se pueden señalar tres cuestiones fundamentales que impulsa el gobierno de Estados Unidos para la renegociación: *a)* eliminar el sistema de arbitraje independiente que permite que las empresas pidan la eliminación de tarifas arancelarias, utilizado para obligar a los Estados Unidos a remover medidas proteccionistas; *b)* desincentivar las importaciones de partes de autos desde países fuera de la región del TLCAN; *c)* defender el “compre estadounidense” con el fin de beneficiar a las empresas locales en las compras estatales. Sin embargo, este proceso aleja la influencia económica de los Estados Unidos en la región, lo cual busca ser compensado por la influencia político-militar: de ahí la presión sobre Venezuela, la ruptura de los acuerdos con Cuba, el avance para la instalación de más bases militares y presencia militar en la región (especialmente en el cono sur) y el “refrite” de la doctrina de seguridad hemisférica.

En este escenario, otra implicancia estratégica central es que los polos de poder emergentes, bajo el protagonismo de China y Rusia, procuran continuar achicando la brecha relativa de poder con respecto al polo dominante, aprovechando su fractura y que la actual conducción del americanismo tiene menor capacidad que el globalismo para librar dicha disputa. Por ello constituye un nuevo momento de la transición: si el sexto momento se dispara con el conflicto en Ucrania (Merino, 2016), a partir de lo cual el enfrentamiento entre polos de poder pasan a ser directos y en “territorios principales” (aunque no se trate de una guerra convencional abierta entre potencias), la fractura en la interna del polo de poder angloamericano que se produce con el *Brexit* y la elección de Trump representa una nueva situación que impacta sobre el conjunto de relaciones de poder entre los principales poderes del juego.

Un aspecto a destacar es que el retiro de Estados Unidos del TPP fue aprovechado por China para avanzar en su influencia en la región Asia-Pacífico. A medida que China construye poder económico a escala mundial, se centra en aumentar su influencia en Asia-Pacífico más allá de lo “permitido” por Estados Unidos y en avanzar en la construcción de su influencia Euroasiática a través del proyecto de la Nueva Ruta de la Seda, el fortalecimiento junto con Rusia de la Organización para la Cooperación de Shanghái y la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. A lo que se le suma la creciente influencia de Rusia en Medio oriente, en especial luego de su exitosa incursión militar en Siria y el aumento de los niveles de influencia en los antiguos Estados de la ex URSS. Parte de ello se ve en la intención de

Kirguistán de acoger una base rusa tras cerrar base de EE.UU. También en el “pedido” público del vicepresidente iraquí, Nuri al-Maliki (primer ministro entre 2006 y 2014), de que Rusia coopere militar y económicamente con su país.

La nueva doctrina de defensa y seguridad del Pentágono refleja esta nueva situación mundial y el cambio de geoestrategia: la prioridad ya no es la guerra contra el terrorismo sino las amenazas al dominio militar norteamericano por parte de China y Rusia. Para ello, la planificación ahora está puesta en fortalecer las capacidades para la guerra convencional. Eurasia es el principal tablero de la disputa.

CONCLUSIONES

El triunfo de Trump significó la derrota del globalismo. La conformación de su gabinete expresó una articulación de sectores y agendas que identificamos como americanistas y nacionalistas, aunque los actores más “*anti-establishment*” rápidamente fueron perdiendo posiciones e influencia. El nuevo gabinete implica un cambio de las correlaciones de fuerzas favorable a fracciones de capital y actores del poder político, ideológico y militar enfrentados a la estrategia globalista, lo que cambia el momento en el escenario mundial. El nuevo gobierno busca fortalecer unilateralmente el polo angloamericano comandado por Estados Unidos; impulsar una profundización proteccionista para fortalecer la producción industrial de los Estados Unidos frente a China pero también frente a aliados como Alemania y Japón, y asimismo para reequilibrar el déficit comercial, reforzar la “seguridad nacional” y negociar a partir de allí cuestiones políticas y estratégicas; presionar a los aliados de Europa y Japón a que aumenten sus gastos militares; redefinir la geoestrategia frente a las potencias re-emergentes (China y Rusia), dejando de lado las grandes alianzas comerciales en las periferias Euroasiáticas; recuperar para los Estados Unidos la capacidad de establecer monopolios.

El polo de poder angloamericano es, claramente, el principal polo de poder a nivel mundial, aunque ahora está cada vez más desafiado por polos de poder emergentes. Para la visión imperialista unilateral esta condición de polo dominante debe utilizarse para impedir que los aliados tradicionales asuman posiciones desafiantes o simplemente no acaten las órdenes imperiales que afectan profundamente sus intereses (Alemania, Francia, Japón) y para plantear otro tipo de enfrentamiento con los adversarios (China, Rusia).

La fractura no hace más que acelerar la crisis del Orden Mundial y la crisis del sistema capitalista, alimentando la “guerra mundial fragmentada” que estamos transitando, lo cual proyecta un escenario de mayor disputa hacia el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrighi, Giovanni 2001 *Caos y Orden en el Sistema-Mundo Moderno* (Madrid: Akal)
- Arrighi, Giovanni 2007 *Adam Smith in Beijing* (Londres - Nueva York: Verso)
- Banco Mundial, 2018 *Datos*, en <<https://bit.ly/2KKwevs>> acceso 15 de mayo de 2018
- Brooks, David 2016 “If not Trump, What?” en *New York Times* (Nueva York), 29 de abril en <<https://nyti.ms/2IRPvJt>>
- Caputo Leiva, Orlando 2012 “Crítica a la interpretación financiera de la crisis”, en Castillo Fernández, Dídimo y Gandásegui, Marco (coord.) *Estados Unidos: más allá de la crisis* (México: Siglo XXI, CLACSO)
- Conceição Tavares, María y Fiori, José Luis 2017 *Poder e dinheiro. Uma economia política da globalização* (Rio de Janeiro: Vozes)
- Donnan, Shawn 2017 “Trump nombra como representante de comercio a un proteccionista”, *Financial Times* (Londres), 5 de enero
- Dos Santos, Theotonio 2012 “Crisis estructural y crisis de coyuntura en el capitalismo contemporáneo”, en Castillo Fernández, Dídimo y Gandásegui, Marco (coords.) *Estados Unidos más allá de la crisis* (México: Siglo XXI Editores, CLACSO)
- EFE (Washington) 2017 “Trump ordena investigar si las importaciones de acero amenazan la seguridad nacional”, 20 de abril en <<https://bit.ly/2NkaVIU>>
- Expansión* 2017 (Madrid) “Greenspan: “Hay una burbuja”, pero no en la bolsa sino en los bonos” 2 de Agosto
- Farber, Madeline 2016 “No CEOs at Fortune 100 Companies Are Backing Donald Trump” en *Fortune* 24 de septiembre en <<https://for.tn/2cMr4xS>> acceso 25 de junio de 2017
- Lyndon Larouche PAC* (Washington) 2017 “Trump ha sentado las bases para la cooperación entre Rusia, China y Estados Unidos para el desarrollo; los estadounidenses se tienen que movilizar por el programa”, 11 de julio en <<https://bit.ly/2IPoSF4>>
- Martínez Díaz, Enrique 2017 “Trump y el Complejo Militar Industrial de los Estados Unidos” en *CIPI*. En <<https://bit.ly/2KvaGqn>> acceso 10 de diciembre de 2017
- Martins, Carlos E. 2012 “La teoría de la coyuntura y la crisis contemporánea”, en Castillo Fernández, Dídimo y Gandásegui, Marco (coord.) *Estados Unidos: más allá de la crisis* (México: Siglo XXI, CLACSO).

- Merino, Gabriel E. 2014 “Lucha entre polos de poder por la configuración del orden mundial. El escenario actual” en *Revista de Estudios Estratégicos* (CIPI, La Habana), N° 1, pp. 8-29.
- _____ 2016 “Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas para América Latina” en *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder* (Universidad Complutense de Madrid) vol. 7, N° 2, pp. 201-225.
- _____ 2018 “Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump” en *Realidad Económica* (IADE, Argentina), N° 313
- Reserva Federal de St. Louis 2016 “Shares of gross domestic income”, en *Economic Research* en <<https://bit.ly/2fQ6f7w>> acceso 8/10/2017
- Wallerstein, Immanuel 2003 *Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World* (Nueva York: New Press)